

res con esa décima, á bien seguro de que no será el mayor atrevimiento de que me acusen los que conmigo no piensan en estas páginas:

Supremo y obscuro mito
hijo del miedo del hombre,
que piensa encontrar tu nombre
en todas partes escrito:
si tú eres el infinito,
si es infinita tu esencia,
si probando tu existencia
todas las formas revistes,
¿por qué si es verdad que existes,
no existes en mi conciencia?

X

Juan de Dios Peza es un rey sin trono, pero con infinitos vasallos.

Ha conquistado los corazones de todo un mundo.

Su poder es omnímodo, allí donde el sentimiento de la familia es una verdad.

¿Quién como él ha cantado el hogar y las dulzuras que le son propias, de una manera más sencilla y más elocuente?

La crítica de un Venancio González podrá encontrar en sus versos tal ó cual defectillo; pero, las almas sensibles, buenas, ó simplemente humanizadas por el amor, dirán siempre ante esos versos lo que un grande hom-

bre (1) tiene ya dicho en caso muy semejante : “ Cuando siento correr mis lágrimas, hincharse mi pecho y deleitarse mi oído, no trato de saber en medio de mi emoción, si lloro, tiemblo, palpito ó gozo, según las reglas.”

Juan de Dios Peza se singulariza como poeta, porque ha logrado con recursos los más triviales, hacer de su poesía una maravilla. Sus cantos del hogar son, en efecto, una maravilla de verdad, de delicadeza, de varonil ternura, á la que no pueden resistir sino los malvados.

Citar al acaso, cualquiera de las muchas composiciones que han dado á Peza la nombradía de que disfruta por toda América, basta á mi propósito de juzgarle con arreglo á los dictados del sentimiento.

César en casa, es la primera con que tropiezo en la colección de sus poesías.

Juan, aquel militar de tres Abriles,
que con gorra y fusil sueña en ser hombre,

(1) Cormenin.

y que ha sido en sus guerras infantiles
un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,
dejando en un rincón la espada quieta,
tomó por voluntad, no á sangre y fuego,
mi mesa de escribir y mi gaveta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso
repetir lo que saben mil testigos:
esa corona de oropel y raso
la debo, no á la gloria, á mis amigos.

Con sus manos pequeñas y traviesas,
desató el niño de la verde guía
el lazo tricolor do están impresas
frases que no descifra todavía.

Con la atención de un sér que se emociona
miró las hojas con extraño gesto,
y poniendo en mis manos la corona,
me preguntó con intención: “¿qué es esto?”

— “Esto es — repuse — el lauro que promete
la gloria al genio que su luz innunda...”
— “¿Y tú por qué lo tienes?” — “Por juguete,”
le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto
descubre el niño de la noble gala;
se la ciñe faltándome al respeto,
y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño
con su inocente acción enlazó ufano,

pues con el lauro semejaba el niño
un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa
irradiaban celestes resplandores,
y que anhelaba en su imperial litera
ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado,
(No extrañéis en un padre estos asombros,)
y corrí por un trapo colorado
que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso;
me transformé en su esclavo humilde y rudo,
y—“¡Ave, César!—le dije,—dame un beso;
yo que muero de penas, te saludo!”

—“¿César?—me preguntó lleno de susto,
y yo sintiendo que su amor me abrasa,
—“¡César!—le respondí—¡César augusto
de mi honor, de mi nombre y de mi casa!”

Quitéle el manto, le volví la espada,
recogí mi corona de poeta,
y la guardé deshecha y empolvada
en el fondo sin luz de mi gaveta.

Esta escena de un realismo conmovedor,
despierta interés profundo por esa casa don-
de mora el poeta entregado al estudio y á
los afectos más puros que brinda al hombre,

en general, su flaca y no siempre bien apre-
ciada naturaleza.

Para comprender la fruición que experi-
menta el padre de Juan, viendo ufanarse á
este niño con la corona hallada á su alcance,
no es necesario ser padre ni mucho menos
el poeta que se extasía allí, con la mímica
del diminuto emperador romano, más que con
los triunfos simbolizados por el laurel.

Cualquier pobre diablo sin instrucción, lo
mismo que un académico, sentirá con la
lectura de estos versos, un movimiento ca-
riñoso, aproximativo, hacia esos dos seres
que representan la humanidad entera en sus
extremos de puerilidad y amarga experien-
cia. El padre y el hijo, personajes eternos
del drama representado sobre el planeta con
variedad infinita de situaciones, aparecen en
el hogar de Juan de Dios Peza, amables, lle-
nos de luz, divinizados no por el arte sino
por el lenguaje nativo del corazón.

... César augusto
de mi honor, de mi nombre y de mi casa,

resulta un apóstrofe sublime en boca del pa-

dre; es un grito que sale de muy adentro, una explosión orgullosa de la paternidad que no puede encontrar más que simpatías en todas partes.

En la composición anterior, como en otras de Peza de la misma índole, no se ve el efectismo dramático, la artificiosa disposición de las partes en concurrencia á un fin que es ganar aplausos. El grandísimo mérito del poeta, está precisamente, en el ningún esfuerzo que hace para cautivar los ánimos, en la exposición sencilla del asunto, fijando sus sentimientos en el papel de una manera que se pueda llamar instintiva, como lo haría un hombre que goza en estudiarse á sí propio, con prescindencia del mundo que le rodea.

Otros talentos, sin duda, han intentado igual cosa, pero no obtuvieron idénticos resultados, porque sintieron menos intensamente, ó faltos de la verdadera unción paternal, pensaron más en producir efecto como artistas que como padres.

Hablando con el poeta, he podido yo confirmar la exactitud de este juicio.

Juan de Dios Peza desconfió mucho de su inspiración en los primeros versos en que aparecen como protagonistas sus tiernos hijos. Los aplausos de amigos íntimos, no desvanecieron esta desconfianza porque creyó que éstos le juzgaban con demasiada benevolencia. Fué menester el éxito asombroso que después de publicados alcanzaron aquellos versos, para que comenzara el autor á darse cuenta de que había herido la fibra más sensible del corazón humano, sin pretenderlo.

Como noticia biográfica del poeta, copiaré los siguientes renglones que pertenecen al señor Apolinario Romo:

“Juan de Dios Peza nació en México el 29 de junio de 1852. Desde muy niño escribió versos, pues nos han dicho antiguos compañeros suyos que lo trataron en las aulas, que allí les improvisaba aleluyas y epigramas con extraordinaria facilidad.

“Dotado de vigorosa memoria, concluyó en brevísimo tiempo los estudios elementales, y pasó á la Escuela de Agricultura, de donde salió el año de 67 para ingresar á la Nacional Preparatoria. Tuvo allí verdade-

ros amigos en sus ilustres maestros, los señores Francisco Díaz Covarrubias, Gabino Barreda, Leopoldo Río de la Loza y, sobre todo, Ignacio Ramírez, que con paternal solícitud le distinguió y le trató, llamándole u discípulo predilecto.

“Este ilustre filósofo y sabio pensador mexicano, alentó á Peza para que publicara, siendo muy joven, la primera colección de sus versos y le dió para ello un hermoso prólogo del que copiamos el párrafo siguiente: *Fíjese Vd. amigo mio, en que Vd. se eleva sobre sus jóvenes rivales cuando describe una hermosura, cuando lamenta una desgracia que le ha dejado visibles cicatrices, ó cuando saborea en el cáliz del recuerdo las últimas gotas de un festín amoroso. Sus versos, entonces, si gozosos parecen el canto de un ángel, si tristes, parecen escritos con sangre.*

“¡Cuán pocos deberán en México tan sinceros elogios á Ignacio Ramírez! Esto no sólo estimuló á Peza sino que le abrió vasto y distinguido lugar entre todos los literatos viejos ó jóvenes, pero compatriotas y contemporáneos suyos.

“Don Ignacio Manuel Altamirano, cuya elocuente palabra es la mejor joya de la tribuna nacional (1885), ha sido como Guillermo Prieto el más levantado de nuestros líricos, amigo íntimo de Peza, quien en su obra sobre Poetas y escritores mexicanos, se ocupa extensamente de ambos.

“Juan de Dios Peza se ha formado solo; muy joven le vimos entregarse sin recursos á los estudios, cuando su venerable padre, que había ocupado altísimos puestos públicos, sufría las penalidades del destierro.

“Pero el carácter de nuestro poeta, es su mejor medio para abrirse paso en todas partes: dulce, afable, sincero y sensible como un niño, basta oírle hablar un poco para quererle desde entonces y depositar en él una extrema confianza.

“Peza concluyó los estudios preparatorios y pasó á la Escuela de Medicina. Allí fué el hermano predilecto de Manuel Acuña y con él, con Cuenca, con Gerardo M. Silva, con Garza, con Santa María, con Gustavo A. Paz, con Francisco Ortiz y con Portillo, inició aquel movimiento literario que dichos

jóvenes sostuvieron pocos años después de restaurada la causa de la República.

“Cuando iba Peza muy avanzado en sus estudios profesionales, tuvo que abandonarlos para entregarse al periodismo y redactó *El Eco de Ambos Mundos*, *La Revista Universal*, *El Búcaro* y otros muchos diarios de importancia.

“Dió al teatro tres obras todas en verso, *La ciencia del hogar*, *Un epílogo de amor* y *Los últimos instantes de Colón*. Más tarde publicó dos tomos de poesías, el primero con prólogo de Ramírez y el segundo intitulado *Horas de pasión*, en el que brilla su delicado poema *En el hogar y en el mundo*.

“Fué á España á principios de 1878 como segundo secretario de nuestra Legación, y nosotros recordamos con cuánto entusiasmo se le recibió en Madrid. Amigo íntimo de Grilo, de Blasco y de Velarde, muy querido de Castelár, de Selgas, de Campoamor, de Núñez de Arce, de Hidalgo de Mobellán, de Balbín de Unquera y de Martínez Pedrosa, publicó, precediéndola de valiosísimas cartas de estos eminentes escritores, *La lira me-*

xicana, colección de los mejores versos de nuestros poetas, que se agotó en muy pocos días y que mereció grandes elogios de toda la prensa extranjera y de César Cantú, que la cita en su *Historia de los últimos treinta años*, ensalzando al señor Peza.”

La cuerda erótica de este bardo vibra también con pulsaciones magníficas. Muy conocida es *Su última carta*, composición en que habla así una mujer de la raza de las Fátimas y Zulemas, por mucho que haya abierto los ojos en nuestra América :

Ven y perdona mi entusiasmo ciego;
no importa que me des dichas ó penas.
Ven, porque para tí siento de fuego
la sangre que circula por mis venas.

Quiero ese amor en que por tí he creído,
pues soy para soñar en los placeres,
árabe en cuya sangre se ha fundido
el hierro de las lanzas bereberes.

No es sin embargo en este género de poesía donde se debe buscar lo que más recomendación á Juan de Dios Peza. Dicho se tiene que en los cantos del hogar ha sobresalido; pero, después de esos cantos, nada ofrece á su

talento un campo más favorable que el elegiaco. *En mi barrio* es una composición de este género, en que se manifiestan como en ninguna otra quizá, las cualidades morales de Peza y su realismo artístico superior.

Leamos:

Sobre la rota ventana antigua,
con toscó alféizar, con puerta exigua,
que hacia la obscura calleja da,
pasmando al mundo como estantigua,
tallada en piedra la santa está.

Borró la lluvia los mil colores
que hubo en su manto y en su dosel,
y recordando tiempos mejores,
guarda amarillas y secas flores
de las verbenas del tiempo aquel.

El polvo cubre sus aureolas,
las telarañas visten su faz;
nadie á sus plantas riega amapolas,
y ve la santa las calles solas,
la casa triste, la gente en paz.

Por muchos años allí prendido,
único adorno del toscó altar,
flota un guñapo descolorido,
piadosa ofrenda que no ha caído
de las desgracias al hondo mar.

Á arrebatarlo nadie se atreve.
Símbolo antiguo de gran piedad,

mira del tiempo la marcha breve
y cuando el aire lo empuja y mueve,
dice á los años : *pasad, pasad.*

¡ Pobre guñapo que el aire enreda !
¡ Qué amarga y muda lección me da !
La vida pasa y el mundo rueda,
y siempre hay algo que se nos queda
de tanto y tanto que se nos va !

Tras esa virgen de obscura piedra
que á nadie inspira santo fervor,
todo el pasado surge y me arredra :
Escombros míos, yo soy la yedra;
nidos desiertos, yo fuí el amor;

Altas paredes desportilladas
cuyos sillares sin musgo ví,
¡ cuántas memorias tenéis guardadas !
Niveas cortinas, jaulas doradas,
tiestos azules... ¡ no estáis aquí !

En mi azarosa vida revuelta,
fuí de esta casa dueño y señor.
¿ Do está la ninfa de crencha suelta,
de grandes ojos, blanca y esbelta,
que fué mi encanto, mi fe, mi amor ?

¡ Oh mundo ingrato ! ¡ Cuántos reveses
en tí he sufrido ! La tempestad
todos mis campos dejó sin mieses...
La niña duerme bajo cipreses,
su sueño arrulla la eternidad.

¡Todo ha pasado! ¡Todo ha caído!
Sólo en mi pecho queda la fe,
como el guínapo descolorido
que á la escultura queda prendido...
¡Todo se ha muerto! ¡todo se fué!

¡Pero qué amarga profunda huella,
llevo en mi pecho!... ¡Cuán triste estoy!
La fe radiante como una estrella,
la casa alegre, la niña bella,
el perro amigo... ¿Dónde están hoy?

¡Oh calle sola! ¡vetusta casa!
¡angostas puertas de aquel balcón!
Si todo muere, si todo pasa,
¿por qué esta fiebre que el pecho abrasa
no ha consumido mi corazón?

Ya no hay macetas llenas de flores
que convirtieran en un pensil
azotehuelas y corredores...
Ya no se escuchan frases de amores,
ni hay golondrinas del mes de Abril.

Frente á la casa la cruz cristiana
del mismo templo donde rezó;
las mismas misas de la mañana,
la misma torre con la campana
que entre mis brazos la despertó...

Vetusta casa, mansión desierta,
mírame solo volviendo á tí...
Arrodillado beso tu puerta
creyendo ¡loco! que aquella muerta
adentro espera pensando en mí.

Tiene durezas esta composición, induda-
blemente. Aquellos versos,

pasmando al vulgo como *estantigua*
tallada en piedra la santa está,

golpean el oído menos fino y ejercitado. Pero
¿qué significa esa irregularidad cacofónica,
ante la pintura que hace el poeta de la Vir-
gen polvorienta y abandonada? ¿Qué perju-
dica ese lunarillo al cuadro donde se destaca
la vida entera de un barrio de la ciudad
colonial?

A despecho de la Libertad y de la República
conservan todavía algunas de nuestra ciuda-
des americanas, la marca antigua española
en esas callejas tristes con imágenes sagradas
en abandono cual la que describe Juan de
Dios Peza. Y es tan verdadera la copia, tan
natural resulta esa aflicción del hombre ante
las ruinas del altar que le recuerdan su dicha
también en ruinas, que sugestionados por el
poeta repetimos con él aquellos versos pro-
fundamente sentidos y filosóficos:

¡ Pobre guñapo que el aire enreda !
¡ qué amarga y triste lección me da !
La vida pasa y el mundo rueda,
y siempre hay algo que se nos queda
de tanto y tanto que se nos va !

Un bardo gemebundo y de escaso vuelo, difícilmente consigue comunicar su pena al lector menos prevenido en contra de los poetas llorones. Tanto se ha abusado del llanto, que el mundo, incrédulo ya, vuelve con desdén la espalda á esas Magdalenas. Para que produzca efecto en poesía un dolor, preciso es hoy que éste sea muy intenso, muy real; que hiera los ojos como una racha de viento y arranque así las lágrimas, de improviso, ó que se infiltre, al contrario, muy suavemente por las rendijas del corazón, como sabe hacerlo con sus melancolías Juan de Dios Peza.

Pero ¿ es instinto poético, ó es un arte esa manera de conmovernos ?

Es seguramente un instinto que constituye originalidad en el arte.

Como el instinto mismo está sujeto á leyes biológicas, debemos buscar la explicación de ese instinto en la vida intelectual y moral de

México, desarrollada ya suficientemente para producir algunas variantes en poesía. Prieto, Ramírez, Altamirano y Riva Palacio, como Acuña, Juan de Dios Peza y algunos poetas mexicanos bastante jóvenes, han coloreado sus versos de modo tal, que no pueden confundirse con las obras de otros poetas del Nuevo Mundo.

La variedad mexicana es tangible, y de ella responden los muchos imitadores que tienen fuera de su país, principalmente Juan de Dios Peza, Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera.

Nadie experimentará, sin embargo, como Peza, el fastidio de ver su musa á cada paso en caricatura por los periódicos.

Desde que *Juan y Margot* fueron conocidos del público, saltaron á la palestra chiquillos innumerables queriendo disputar á los anteriores su nombradía. Padres simplones se multiplicaron por todas partes contándonos las gracias de sus respectivos *bebés*; y, en obsequio á la verdad, debo confesar que he leído al lado de imitaciones de Peza muy tolerables, algunos versos que ultrapasan la línea de lo majadero y lo tonto.

Pero, entre tanta insulsez y repetición de las mismas cosas, esos *afanes prolijos* consonantando con *hijos* han llegado verdaderamente á indignarme; de tal manera que no concedo ni mediano gusto al poeta que, imite ó no al mexicano ilustre en sus rimas, emplea todavía los vocablos aquellos casi siempre juntos como la *pulmonia* con el *costado*.

Extrañan algunos, que Juan de Dios Peza no haya cantado á la autora de sus días, teniendo varios trabajos en que habla de su padre con un ardor filial digno de tan celebrado poeta. Movidó yo por la propia extrañeza, así se lo dije una tarde en México, y obtuve esta explicación de sus labios.

— No conocí á mi madre: murió siendo yo muy niño, y criado por la segunda esposa de mi padre, varias veces he desistido de cantar á la primera por no resentir á la otra, de quien recibí hasta la edad mayor los cuidados más tiernos que puede recibir un hijo de la que le llevó en sus entrañas. Este conflicto ha podido salvarse, lo sé, cantando á las dos, pero jamás he podido resolverme sobre un punto para mí tan comprometido.

La anterior confesión descubre el alma de Peza, muy elevada, muy noble, pero no exenta de susceptibilidades un poco nimias. Así, por ejemplo, nadie logrará convencerlo de que algunos críticos han procedido en contra de él sin odio y por la sola discrepancia de gusto artístico. Vive Peza hondamente mortificado con la idea de que en México algunos literatos le quieren mal. Y esta obsesión ha llegado á comunicarle cierta reserva que acabará por convertirse en misantropía.

Cristiano en el fondo, aplica en su trato social las desconsoladoras teorías de Schopenhauer. Solicitado como amigo por infinitas personas, muy contadas son á las que satisface con sus visitas. Honrado, bueno á carta cabal, tiene humores biliosos que distrae con el trabajo asiduo á que se dedica, huyendo algunas veces de todo roce con sus amigos.

Yo no he oído, sin embargo, en los círculos literarios que frecuenté durante mi permanencia en México, sino entusiastas y cariñosas voces para *Juan Peza*, como allá se le designa familiarmente.

Este poeta, en síntesis, es digno de la gran estimación que se le profesa. Con la natural expansión de sus alegrías y sus dolores ha enriquecido notablemente la poesía de su país, y contribuido cual pocos á la ilustración literaria de Hispano-América.

XI

Nunca se ha visto el mundo como al presente, favorecido con mayor número de escritores y de poetas.

En los diversos ramos de la literatura existen verdaderos ejércitos que se disputan la victoria á filo de pluma, sacando á manera de chispas, con el choque de sus aceros, ideas más ó menos brillantes, pero que no viven más que las chispas.

Mares de tinta corren y no se dan jamás por satisfechas estas batalladoras legiones del pensamiento.

Aquí y allá, vense las insignias de capitanes famosos, que, si suspenden las miradas por un momento, no fijan sus victorias en